

Irvine Welsh

Si te gustó la escuela,
te encantará el trabajo...

Traducción de Federico Corriente



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
If You Liked School, You'll Love Work...
Jonathan Cape
Londres, 2007

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © John Carey

Primera edición: marzo 2009

© De la traducción: Federico Corriente, 2009

© Irvine Welsh, 2007

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7504-1
Depósito Legal: B. 4828-2009

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

Para Max Davis

Serpientes de cascabel

Hacía ya un rato que el aire acondicionado del Dodge Durango color plata se había ido a tomar por culo por averías del filtro y del refrigerador. En lugar de llenarse de agradable aire fresco, de forma inexplicable el vehículo empezó a llenarse de una tórrida polvareda desértica que les surcó caras y manos, ya llenas de sudor, mezclándose con las capas de mugre acumuladas anteriormente bajo el influjo de la ebriedad durante aquel fin de semana de delirio danzante. Les reseco todavía más las gargantas, muy deshidratadas por las drogas y el desierto, y les irritó los globos oculares, incapaces ya de lagrimear. No tuvieron más remedio que apagarlo.

La caminata desde el festival Burning Man había sido larga y el trayecto en coche por aquellas carreteras secundarias desérticas resultó traicionero. Estaban perdidos en aquella tormenta de polvo. A Eugene empezaba a dolerle el espinazo; su voluminoso cuerpo de *linebacker* se hallaba incómodo en el asiento. La polvareda que se le había acumulado en las manos, húmedas y viscosas, empezaba a convertirse en barro sobre el volante. Cada vez hacía más calor. Hinchó el pecho en un esfuerzo por llenarse los pulmones de aire caliente y viciado.

¡El maldito Dodge de Scott! ¡65.325 kilómetros en el cuentakilómetros y no funciona ni el puto aire acondicionado!

Mientras la tormenta arreciaba y el cielo se iba oscureciendo por momentos, Eugene se sentía acosado por su propia estupidez, como si ésta fuera un perro rabioso. El atajo no se había materializado, y hasta donde le llegaba la vista, no se veían por los alrededores compañeros de viaje de ninguna clase. Examinó su pálido reflejo en el espejo: llevaba su mugriento cabello recogido en una coleta y por su enorme frente chorreaban riachuelos de sudor. Cogió la vieja toalla blanca que tenía a un lado y se lo enjugó, alegrándose de que las gafas de sol no le dejaran verse los ojos. Fatigado hasta más allá del cansancio, siguió conduciendo mientras en su visión periférica aparecían demonios danzando lentamente. Un rayo iluminó el cielo fosforescente que tenía frente a él. No estaba en condiciones de conducir. De hecho, no estaba en condiciones de hacer nada, reflexionó con cierta sensación de arrepentimiento. Las drogas y la privación de sueño le habían sumido en un estado ligeramente psicótico que ahora incluso empezaba a aburrirle. Rezó para que se despejara pronto la oscuridad, tanto en el indómito entorno exterior como en su atribulado fuero interno.

Una idea recurrente le tenía negro: que Scott y Madeline tendrían que estar despiertos y turnándose con él al volante. Pero sabía que estaban embarcados en una trayectoria distinta a la suya, así que le había tocado la china a él. Mientras seguía conduciendo, desde sus entrañas empezó a subir una bilis rencorosa. El trueno retumbó en sus oídos en consonancia con una línea de bajo tinnitus que temió que ya no le abandonaría jamás.

Joder, qué asco.

Y Madeline. Dormida a su lado en el asiento del pasajero; se le iban los ojos hacia aquellas piernas, largas y desnudas, cuya morenez acentuaban unos churretones de mugre sorprendentemente excitantes, dándole un aspecto guarro, pero guarro de verdad, y haciéndole pensar en una de esas luchadoras de barro golfas ya seca; se imaginó aquellas piernas, incluidos los vaque-

ros recortados, corriendo hacia él por un campo recién arado..., aquella larga cabellera, rizada y castaña, cayéndole en cascada sobre los hombros, saturados de polvareda desértica..., sucia..., cochina... corriendo hacia él...

Hace calor.

Joder, qué calor hace.

Eugene se miró la entrepierna. El abultamiento de sus pantalones de camuflaje cortos resultaba ya muy evidente. La tormenta había reducido la visibilidad y lo cierto es que no necesitaba distracciones añadidas. Ahora bien, la parte racional de su cerebro estaba en vías de desconexión y no paraba de volver la vista hacia la grata curva formada por los pechos de Madeline, insinuada a través de una camiseta marrón sin mangas.

Esta maldita zorra calientapollas lleva días vacilándome, y quién sabe si a Scott también. Te lanza miradas prolongadas y tentadoras, y en cuanto te aproximas más de la cuenta, ¡zas!, se convierte en la mujer de hielo.

Tras el festival habían optado por internarse en el desierto en coche para hacer un viaje con el yagé de contrabando que les había vendido un chamán peruano. Fue Madeline quien vio la carpa del Templo de la Luz Mística e insistió en que fueran a la ceremonia de curación chamánica que presentaba un tal Luis César Domínguez, sedicente místico peruano. A Eugene, que llevaba unas buenas dosis de éxtasis que le estaban quemando un agujero en el bolsillo y al que le fastidió perderse a un grupo de tecno alemán al que le habría apetecido ver, no le impresionaron tanto como a Madeline y Scott la proyección de diapositivas y la conferencia.

Cuando terminó esta última, Madeline le metió un folleto en la mano: «¡Aquí dice que el señor Domínguez pasó años formándose con los chamanes kallahuayas del nordeste del lago Titicaca, con los amautas de las islas andinas y con los ancianos Q'ero de la región de Cuzco, considerados los últimos descendientes de los incas!»

Eugene sacudió la cabeza, mientras a su alrededor la gente iba saliendo de la carpa. «De toda esa mierda yo no tengo ni idea», confesó. «¿Kallahuayas? ¿Ancianos Q'ero? No entiendo ni papa», dijo, encogiéndose de hombros.

A Madeline aquello no la impresionó. Hasta ese momento, Eugene tenía la sensación de que a ella le seducía bastante su fachada abiertamente cartas-sobre-la-mesa, estoy-orgulloso-de-ser-un-tontolculo. Resolvió adoptar una actitud más circunspecta en relación con su ignorancia a partir de entonces. Recordó el viejo adagio: más vale guardar silencio y dejar que la gente piense que eres imbécil que abrir la boca y confirmar dicha impresión.

A Scott le encantó aportar su granito de arena. Eugene casi había olvidado que siempre andaba leyendo y predicando toda aquella bazofia de la New Age. Le conocía desde hacía suficiente tiempo como para no hacerle caso cuando empezaba con esa mierda. «Significa que es el Bill Gates del mal rollo», empezó Scott, calentando motores. «Significa que es uno de los principales maestros que comparten conocimiento ancestral oculto para despertar las capacidades curativas latentes de todos aquellos que están preparados.» Tenía la mirada desorbitada, y se le ponían los ojos grandes y espeluznantes. En aquella ocasión Eugene escuchó atentamente, pues se había dado cuenta de lo mucho que aquella bazofia impresionaba a Madeline. «Todo se basa en una antigua profecía andina que forma parte de la leyenda incaica del Pachacuti: la era en la que el mundo está del revés y surge una conciencia nueva.»

«Me apostaría algo a que el nota ese puede conseguirnos canela fina», admitió Eugene.

Y fue entonces cuando le entraron a Luis César Domínguez y el chamán les acompañó hasta su tienda de campaña y les vendió discretamente el yagé. Madeline y Scott quedaron encandilados al instante. Para Eugene, bajo aquellas prendas étnicas, Domínguez tenía de místico lo que un político ávido de votos o un agente inmobiliario.

Pero tenían el yagé.

El marco era perfecto; hacía una noche fresca y de cielo despejado; prepararon una hoguera sobre la arcilla roja y desplegaron la tienda de campaña de tamaño familiar y fácil instalación que habían compartido durante el festival. Scott y Madeline estaban emocionadísimos, mirando con expectación sus tazas, como si ya estuvieran colocados. Casi a su pesar, Eugene no pudo resistir la tentación de aguarles la fiesta. «Ese Domínguez no es más que un traficante con pretensiones. Tiene acceso a la mierda esa; la cosecha, la prepara y la convierte en elixir. Y va por ahí con ese espectáculo cutre de diapos a modo de presentación. ¡Joder, tío! Es lo que tendría que haber hecho yo la vez que me pillaron por trapichear con coca en un cagadero de Haight: ofrecerle al juez una presentación en PowerPoint y una disertación sobre energías y cómo conseguir lo que uno quiere», dijo riéndose, exhibiendo las fundas y coronas de sus enormes dientes, reparados a precio de costo tras un accidente que se produjo años atrás, durante un entrenamiento de fútbol americano. «Suponiendo, claro está, que esta mierda sea yagé», remató, forzando otra sonrisa al ver que Madeline le miraba con mala cara.

Cada taza contenía un brebaje de color cobrizo. Scott fue el primero en probar un poco; Eugene y Madeline siguieron su ejemplo. Tenía un sabor amargo y salado. Tomaron una segunda taza siguiendo las recomendaciones del chamán Domínguez, que les dijo que debería proporcionarles un viaje de tres o cuatro horas de duración. Después, en caso de que así lo desearan, podían tomar más.

El primero en acusar el impacto de la náusea fue Scott. Logró ponerse en pie tambaleándose y se acercó a una hilera de grandes rocas, donde empezó a potar. Eugene estaba a punto de gritarle «maricona» cuando le abrumó una sobrecogedora sensación de asco que pareció arrancar en los metatarsos. Muy pronto él, y después Madeline, fueron tambaleándose hasta el montón de

rocas arrojando pequeñas cantidades de un líquido intensamente cáustico entre espasmos convulsivos y desgarradores.

El chamán les había advertido de aquella sensación de náusea, pero desde luego no era agradable. El sabor del líquido era muchísimo más asqueroso al subir que al bajar; tan espantoso era que durante unos segundos todos ellos fueron presa de convulsiones febriles.

Acto seguido empezaron a apoderarse de ellos los efectos. A Scott y Madeline, risueños y eufóricos, comenzó a subirles. Sin embargo, a Eugene le decepcionó. Esperaba un viaje tremendo que en la práctica resultó bastante leve. Tomó otra taza y luego otra más. No se encontraba mal, pero saltaba a la vista que para Scott y Madeline se trataba del viaje más alucinante de toda su vida. En un intento de ver lo que veían ellos Eugene paseó la mirada en torno a la aridez del desierto. Se sentía como un golfillo andrajoso con la nariz pegada a la ventana de una opulenta mansión en cuyo interior transcurría una fiesta desbordada y decadente. Pese a aumentar la dosis del elixir hasta las seis tazas y notar que se le aceleraba el pulso, las enormes puertas de la mansión siguieron cerradas a cal y canto. ¿Por qué se había quedado fuera? No hacía tanto tiempo, Eugene había realizado tremendos y alucinógenos viajes de ácido con Scott, e incluso con Madeline. Sabía que los dos eran unos comeajos veteranos. Pero ellos tenían su juego de llaves. ¿Dónde estaba el suyo?

Mientras andaba sentado y se preguntaba qué hacer a continuación, Eugene oyó cómo Scott le recitaba algo a una Madeline boquiabierta, sentados el uno junto al otro con la mirada perdida en el cielo: «Cuando el águila vuelva a volar junto al cóndor, reinará en las Américas una paz duradera que se extenderá por todo el mundo y unirá a la humanidad.» Son las palabras de los chamanes andinos que creen que vivimos en el Pachacuti, una época en la que hemos de sondear nuestro interior y conocernos más a fondo para sanar las heridas emocionales del

pasado y utilizar el poder de esa curación para ayudar a su vez a curarse a otros.»

«¡Qué pasote!», exclamó Madeline con voz entrecortada. Señaló con el dedo hacia lo alto. «Fíjate qué cielo...»

Mientras ellos tomaban rumbo a otro plano astral, lo único que hizo Eugene fue cagar montones de mierda, depositada, junto con las potas, tras las rocas más próximas que había en aquel terreno pedregoso. Durante un rato escuchó la perorata de Scott sobre la actividad de purgación interior de la droga antes de tumbarse en el interior de la tienda para disfrutar de lo que habría de ser el letargo más dulce de su vida. Entretanto, Scott y Madeline alucinaron, festejaron y conversaron hasta el amanecer. Algo en el interior de Eugene se había resistido al viaje y eso le preocupaba. Recordó, no obstante, que durante la conferencia Domínguez había dicho que a menudo la droga le llevaba a uno a donde necesitaba ir. Eugene tenía que reconocer que su cuerpo, teniendo en cuenta toda la farlopa y la priva que se había metido últimamente, estaba pidiendo una limpieza a gritos. Desde que cortó con Lana, se había convertido en inquilino de varios bares de la zona de North Beach, mientras la psicosis iba estrechando el cerco y las paredes de aquellos templos de liberación encogían hasta convertirlos en celdas de presidiario. Los demás bebedores y sus obsesiones eran sus carceleros. Le atiboraban la cabeza con sus estúpidos consejos. Necesitaba salir de la ciudad un poco, y Burning Man parecía el pretexto perfecto.

Fue idea de Scott. Madeline se apuntó con la prepotencia habitual en ella, pensó Eugene, aunque él acogió dicha posibilidad con entusiasmo. La estaba barajando como posible sustituta de Lana.

Eugene y Scott, amiguetes de la universidad, habían conocido a Madeline el último Halloween. Estaban tomando unas copas en Vesuvio's Bar cuando ella entró, acompañada por tres amigas, todas vestidas con disfraces de Storm, la de los *X-Men*: bodys de cuerpo entero negros muy ajustados, botas altas y pe-

lucas rubio platino. Al principio todas le parecieron idénticas. Eugene tardó algún tiempo en reconocer en una de ellas a Candy, estudiante universitaria y antigua compañera de trabajo de una taberna de North Beach en la que él había trabajado tiempo atrás como barman.

Charlaron todos afablemente y tomaron unas copas más antes de acudir a reunirse con la multitud de juerguistas congregada en Castro. Eugene acabó hablando mucho con Madeline, pero al final se perdieron la pista entre la concurrencia. A medida que fue transcurriendo la noche, el ambiente de carnaval callejero degeneró en un clima de amargura. Un hombre fue apuñalado de muerte cuando una pequeña turba de jóvenes mexicanos, indignados ante lo que consideraban la apropiación ilegítima de la ancestral ceremonia del Día de los Muertos por parte de la comunidad gay de la ciudad, sembró el caos entre la multitud. Abundaron los empujones, los forcejeos y los gritos, y Eugene, que de todas formas estaba en pleno bajón chungo de coca, se dio por satisfecho con poder dar la noche por concluida y volver a casa.

No tenía por qué haberse preocupado. Después de aquella ocasión, no hizo sino toparse continuamente con Madeline. Al día siguiente la vio en Washington Square Park practicando tai-chi en solitario. Estaba sentado y leyendo el periódico. Ella le saludó con la mano y le costó un rato darse cuenta de que era una de las chicas Storm que habían estado en el bar la noche anterior. Al cabo de un rato ella se acercó y fueron a tomar un café, y a analizar con preocupación los sucesos de la noche. Un par de días después volvió a verla en la librería City Lights. Fueron a tomar una copa que no tardó en dar paso a unas cuantas más y de ahí a buscar algunos bares del barrio conocidos por ambos; acabaron en un local de la calle Grant. Pese a que Madeline llevaba poco tiempo en la ciudad (según ella, había venido desde Cleveland a finales del verano anterior), los dos eran clientes habituales de algunos de los mismos garitos y estaban asombrados

de no haberse conocido antes. Tenían previsto ir a cenar un poco de sushi, pero de algún modo acabaron en un antro de Broadway, encajonado entre clubs de striptease y sex-shops plagados de neones. Eugene quedó impresionado por lo suelta que Madeline se movía por aquel lugar a pesar de ser la única mujer presente que no andaba descaradamente a la caza de clientes. Hablaron de sexo entonces, pero en abstracto, pues él seguía demasiado deprimido por el tema de Lana para hacerle proposiciones.

Empezaron a quedar para salir los tres de forma asidua: Madeline, Eugene y Scott. Ya entonces a él le pareció muy extraña la costumbre que tenía ella de mimarles como si fueran maricones, comprándoles regalitos, tarjetas de cumpleaños y tal. Cuando Scott le comentó a Eugene lo de la excursión Burning Man, Madeline terció con un «¡Contad conmigo!» tan ferviente que hacer otra cosa habría sido un completo desaire.

Y mientras que a Eugene le había embelesado esa posibilidad, Scott parecía alicaído. Le gustaba llevar las riendas de lo que él denominaba «tiempo de colegueo». Rollos de colegio mayor, suponía Eugene.

Con todo, la incipiente relación con Madeline le desconcertaba. Eugene tenía veintiséis años y nunca había hecho amistad con una tía a la que no se hubiera cepillado. A veces se preguntaba si sería tortillera, pero de repente, como quien no quería la cosa, Madeline sacaba a colación a algún tío con el que había follado una vez. Lo sabía todo de ella y a la vez no sabía nada. En aquellos bares de North Beach, a veces Madeline le miraba con una descomunal ternura que a él le transmitía de forma inequívoca que albergaba por él una fervorosa pasión. Ella aún no había cumplido los veinte, y Eugene se preguntaba cuánta experiencia con los tíos tenía en realidad. En una ocasión, borrachos, se habían besado, aunque sin especial pasión; Eugene se había contenido, pues todavía tenía a Lana en la cabeza. Pero, al desvanecerse el fantasma de su antigua novia, los sentimientos de

Eugene hacia Madeline se intensificaron de forma exponencial. A veces sentía que ella le deseaba, quizá de forma tan desesperada que si se dejaba llevar, se enamoraría perdidamente de él, sin reservas, y se entregaría a él por completo. Sería suya. Estaría en su poder. Para que hiciera con ella lo que quisiera, para hacerle daño. Y él quiso decirle: No soy de éstos. ¡No sé qué coño te habrán contado de Lana y de mí, pero no soy de éstos!

Pero lo cierto era que sólo le miraba así a ratos. En otros momentos le echaba unas miradas de aversión capaces de helar la sangre.

Así pues, Eugene no sabía a qué carta quedarse con Madeline. Jamás había conocido a una chica como ella. El motivo era que, a pesar de su conducta libertina y sus esporádicos aires bohemios, su complexión fuerte y atlética y sus manifiestas inclinaciones deportivas no dejaban indecisas a las chicas, a las que desde un primer momento tendía a atraer claramente o a repeler por completo. Pero Madeline representaba para él algo distinto, un enigma constante.

Después de aquella vez, Eugene sólo había intentado llegar más lejos en una ocasión, estando bebido. Intentó besarla de nuevo, esta vez con más intensidad, en una fiesta. En una cocina cochambrosa que iba encogiéndose a medida que tomaban más cerveza y más cocaína hasta que sus rostros se toparon en un campo de intensidad que les aisló del resto de la fiesta. Parecía el momento idóneo. Pero Madeline le apartó de un empujón implacable con la palma vuelta hacia arriba y le dijo: «Que te quede claro, Eugene: tú y yo no follaremos nunca.»

Se despertó a la mañana siguiente, abatido y con una resaca demoledora. Sonó el teléfono. Era Madeline. Antes de que tuviera tiempo de disculparse, ella se le adelantó: «Siento muchísimo lo de anoche, Gene. Iba un poco pedo. Supongo que dije un montón de cosas que no sentía.»

«Vale, pero...»

«Oye, tengo que dormirla. Te llamo luego, cariño.» Y colgó.

Y aquel escueto mensaje bastó para borrar la desesperación de la mente de Eugene e infundirle nuevas esperanzas.

Sin embargo, la mayor parte de las veces que habían estado a solas, es decir sin que Scott estuviera presente, habían hablado de Lana. Era Madeline la que invariablemente la sacaba a colación, como si supiera que aquello trituraba la libido de Eugene por lo que a ella tocaba. Ella le escuchaba atentamente, con mirada ansiosa y desorbitada, estudiando todas y cada una de sus reacciones. Y Eugene tenía que reconocer que a Madeline se le daba muy bien escuchar. Pese a que empezó a sospechar que lo hacía sólo para instruirse a sí misma, se trataba de un rasgo muy bien acogido. Porque los demás, Scott incluido, sólo parecían hablar de sí mismos. Esperaban que olvidase que había renunciado a una prometedor carrera de jugador de fútbol para andar de parranda con Lana y que luego ella le había dejado plantado. Podían meterse sus consejos de mierda en el culo.

Menos mal que alguien le escuchaba.

Pero ahora él quería más. Mientras conducía por aquella polvorienta carretera desértica en plena tormenta, con el viento del exterior azotando la carrocería del Dodge Durango color plata insistentemente y asfixiándose lentamente con el aire caliente y viciado del interior, no se vislumbraba ninguna salida que indicase el camino a la civilización, ni siquiera en forma de gasolinera, a modo de puesto de avanzada vapuleado por los elementos. Lo único que Eugene tenía en la cabeza era: quiero más de Madeline.

Y mientras él luchaba contra el sopor inducido por su propio bajón, ella dormitaba profundamente, ajena a la tormenta que arreciaba en el exterior. Y podía confirmar, por los estrepitosos ronquidos procedentes de la parte de atrás, que Scott también estaba sumido en un estado de letargo.

Tuvo una visión febril de Madeline corriendo hacia él con el cuerpo embarrado. Ella intentaría esquivarle como un *quarterback*, pero él cogería impulso en su papel de defensa del lado

fuerte, y al estilo de Willie McGinest la derribaría como un león a una débil gacela, y ambos se hundirían en el sucio lodo...

Fue como si su mano decidiera por él frotándole el extremo de la polla y enviándole sacudidas eléctricas al vientre y la entrepierna. Mientras el ritmo de su respiración se hacía más irregular, Eugene notó cómo el cuerpo se le tensaba y los ojos se le desorbitaban bajo las Ray-Ban. Tras aferrar el volante con un brazo mientras el otro se ocupaba de lo suyo, en su sesera achicharrada fueron estallando y chisporroteando imágenes fabulosamente obscenas de Madeline, intensificando así la realidad, pacífica e inocente, de su presencia, dormida a su lado.

En la lejanía, el horizonte, aproximado por la calima, danzaba de forma intermitente entre remolinos de polvareda roja y negra. La carretera apenas se veía. Madeline estaba colocada mirando hacia él, con las rodillas recogidas contra el pecho. Ojalá se hubiera vuelto hacia el otro lado, pensó Eugene, así él habría podido mirarle el culo y meneársela sin riesgo de que abriera los ojos y le viera en el acto. No obstante, las posibilidades de que le pillara eran escasas, calculó con la frialdad de un insecto, porque estaría demasiado desorientada, tras el sueño reparador para recuperarse del bajón del yagé, para darse cuenta de inmediato de lo que estuviera haciendo él, y en cualquier caso lo hacía a través de los calzoncillos...

pero el bulto...

maldita sea esa puta zorra...

es calientapollas hasta dormida..., pero ahora nos estamos poniendo de lo más guarros en el barro este, sí, nena, de lo más guar...

De pronto Eugene oyó un chasquido seguido por un largo chirrido; su mano libre salió disparada desde la entrepierna al volante; fue como si se lo arrancasen de un tirón cuando el vehículo dio un bandazo a la izquierda y después, tratando de compensarlo, otro violento bandazo a la derecha. Al ser proyectada sobre su regazo, Madeline despertó de golpe. De no habersele esfumado en el acto la erección, quizá ella la habría notado.

Eugene parecía un hombre que había caído sobre su propia escopeta, provocando una demoledora descarga de temor contra su pecho.

El tiempo se dilató como en cámara lenta. Eugene se sintió primero irritado y después frustrado; todo se alejaba de él en barrera, fuera de su control. De pronto el coche dio una vuelta de campana, como si estuvieran en una atracción de feria, seguida por un impacto todopoderoso que les estremeció todos los huesos del cuerpo, hasta que se detuvieron entre la sensación de paz más hermosa que Eugene había conocido jamás.

No duró mucho. Oyó el chillido de desesperación, pero el ruido que se abría paso desde el interior de su propia cabeza era demasiado discordante para que pudiera concentrarse en la angustia de Madeline. Mantuvo los ojos cerrados mientras Madeline enmudecía, salvo por una respiración intensa, profunda y rítmica. Luego, desde la parte de atrás, oyó la voz de Scott, fatigada, con un tono de inquietud lindante con el aburrimiento: «Tío, qué cojones..., me has destrozado el puto coche, colega...» Y vaciló antes de añadir: «¿Tíos, estáis bien?...»

«Estoy sangrando..., ¡estoy sangrando!», gritó Madeline.

Eugene abrió los ojos. Madeline seguía incrustada en el asiento de delante. La miró de arriba abajo y después echó una ojeada a su propio cuerpo. Debajo del bíceps tenía un corte profundo del que manaba sangre oscura. «Tranquila, tía», dijo volviéndose hacia ella, «la sangre es mía. Me he abierto el puto brazo. Mira.» Y lo levantó para enseñárselo.

Madeline se sintió aliviada, pero entonces la invadió una sensación de culpa y de preocupación al ver la herida e hizo una mueca. «¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?»

«La puta tormenta de arena», dijo Eugene, sacudiendo la cabeza, «no se veía una mierda. ¿Estás bien, Scott?»

«Sí..., supongo», le oyó decir a sus espaldas, «pero el puto coche, colega», protestó.